

En la ciudad le halló cuando salía.
 Donde el cansancio y falta de reposo,
 Que era le dijo de metal humano,
 De cuerpo ni divino ni glorioso,
 Ni como el de los cielos soberano:
 Y á reposar se entró al palacio hermoso,
 Que en suave modo y trato cortesano,
 Para rehacer su descaecido aliento
 Lo mejor le ofreció de su aposento.

ALLEGORIA.

Malgesí, que muestra á sus compañeros las imágenes del cielo, significa que el verdadero contemplativo no se ha de quedar en la consideracion de las cosas humanas, sino levantar luego el vuelo á las superiores y celestiales. La dificultad de la subida del Parnaso significa la que á los principios se siente en el camino de la virtud, y en adquirir las ciencias humanas; y los monstruos del escuadrón de la ignorancia, las muchas que se hallan en las locuras del vulgo; y el heróico y célebre premio de la virtud, en la honrosa subida de Bernardo al templo de la inmortalidad. En el sepulcro suyo se muestra que las riquezas y fama del hombre virtuoso en todo tiempo son provechosas al mundo, y la gran luz que dan para ser imitados y seguidos.

LIBRO DÉCIMO-OCTAVO.

ARGUMENTO. Queda Bernardo vencedor en las justas de Acaya, ofrece Gloria á su nieta en casamiento, y el enamorado de Arcángelica se escusa con la prision de sus padres: recibe una carta, y aborotado con ella trata de partirse. Crisálba hace gran sentimiento, y por no apartarse del, le pide el favor de su persona hasta recobrar el estado de Colonia: Bernardo se lo concede, y embarcándose juntos en la costa de España, se apartan por una estraña aventura. Malgesí, volando en su barco, llega á descubrir la grandeza de la luna, y desde allí pasa á ver las de las Indias occidentales, donde el mago Tascalán le ataja el vuelo, y muestra las maravillas de su cueva.

O sea del envidioso Momo, ó sea
 Traza de otra deidad mas soberana,
 Que desde el celestial baleon otea,
 Y el curso rige de la vida humana;
 Cuanto de gusto en ella se desea
 Al nuestro acude al parecer sin gana,
 El bien medido, y su placer por tasa,
 Y los enfados como á propia casa.

Dicen que á envidia de la humana suerte,
 Los prevenidos dioses en su cielo,
 Al bien dieron y al mal nudo tan fuerte,
 Que ninguno bajó sin mezcla al suelo:
 La vida encadenaron con la muerte,
 Penas con glorias, gustos con recelo,
 Y la alegría, que de su cosecha
 De risa era, quedó de azares hecha.

Y aun si se dieran por medida iguales
 Las dos porciones de contrarios vinos,
 Pudiéranse beber, y los mortales
 De dos sendas abrieran mil caminos:
 Mas viene aguado el bien, puros los males,
 Tras un acierto, veinte desatinos,
 Que es varia la librea del engaño,
 Y la de la verdad de solo un paño.

Parece nuestro mundo humilde fuego,
 De aquellos que pisando las estrellas
 Sus tragedias contemplan, y cuan ciego
 El hombre que es su autor camina en ellas:
 Llega á soplar para alumbrarse el fuego,
 Y saltarle á los ojos las centellas;
 Va el otro á su ocasion, y no se advierte
 Que en la que busca está la de su muerte.

Camina Califerno, y va fiado,

Para salir con la traicion urdida,
 En el que mas vecino lleva al lado,
 Y es el primero en le quitar la vida:
 Combate el caballero disfrazado,
 Y procura matar de una herida
 A quien si antes de herirle conociera,
 La vida por salvar la suya diera.

Salió á buscar el godo, y de hallado,
 Sin pensar le perdió, suspira, y calla,
 Que es siempre lo postrero, y mas guardado,
 Lo que se busca, cuando acaso se halla:
 Tambien el ciego bosque era hadado,
 La oscura noche, y la infeliz batalla,
 Y el no saber la tierra, fueron causa
 Del nuevo yerro, de sus gustos pausa.

Bien creyó el español que volvería
 El encubierto amigo á ver la tela,
 Que por ausencia suya mantenia,
 Y de solo su brazo la recela:
 Mas ni volvió aquel dia ni otro dia,
 Ni la gran voz que de su fama vuela
 Le descubrió, ni de su arnés el rayo
 El sol volvió á enlutar del campo acayo.

Dieron las nunca vistas maravillas
 De sus armas al godo declarado
 Por digno sucesor de las dos sillars
 De la Acaya, y del cretense estado;
 Y que ante la princesa de rodillas,
 De inmortales laureles coronado,
 El rico premio goce, y joya puesta
 A la honrosa victoria de la fiesta.

Subió en medio del griego pueblo ufano
 Al real dosel el vencedor guerrero,
 Donde la infanta con gallarda mano
 La guirnalda y su amor le ofrece entero:
 Y él con bizarro estilo cortesano,
 «Señora, dijo, el premio verdadero
 Mio será, que el lauro se mejore,
 Donde el mundo le envidie, y yo le adore.

Y vuestra soberana frente sea
 Divino templo á su trofeo de gloria,
 Para que como yo pretendo vea
 Mas que los cielos alta mi victoria:
 Y á vos gallarda y celestial idea
 Tambien por premio quede y por memoria
 Deste humilde servicio, como es justo
 Entera libertad en vuestro gusto,

Para elegir con él esposo dino
 A vuestro real valor y heróica casa,
 Sin que con temerario desatino
 Nadie en esto os dé ley ni ponga tasa:
 El solo sea la regla y el camino,
 Y de vuestra eleccion la libre basa,
 Que vos que habeis de dar al mundo leyes,
 No es bien que las tomeis de ajenos reyes.

Y si algun descompuesto caballero
 Por humilde interés violar quisiere
 Desta mi nueva libertad el fuero,
 Campo y armas señale, y sea quien fuere,
 Que la puerta del gusto no es de acero,
 Ni á Palas Venus sujetar se quiere,
 Antes sin estimar su escudo y lanza
 Sola y desnuda la victoria alcanza.»

Engrandeció el cretense señorío
 Del hidalgo español el noble intento,
 Perdió en oírle la princesa el brio,
 Celosa aun de su mismo pensamiento:
 No sabe si es de amor, ó si es desvío,
 El fin del generoso ofrecimiento,
 Que á un empeñado gusto en dulces bienes
 La alegre libertad sabe á desdenes.

Y hecha de un cielo de placer trasunto,
 Ahora de uno y luego de otro modo,
 De su amoroso pensamiento el punto
 Claro descubre al encubierto godo:

Y en fiestas puesto el griego reino junto
 A entretenerle en gusto atiende todo,
 Y ella en cuidosa prevencion atenta
 De mil cosas le pide y le da cuenta.

Ya en agradables músicas, ya en cazas,
 El gusto y el placer se dan las manos,
 Y en reales mesas espumantes tazas
 La alegría hacen y el amor hermanos,
 Con que tú, oh niño celestial, enlazas
 De la doncella los cuidados vanos,
 Y de su ilustre huésped siempre á tientos
 De uno en otro se vuela el pensamiento.

Gloricia en tanto, á quien la oculta ciencia
 De sus mágicos versos adivina
 La masa real y heróica descendencia,
 Que al mundo en siglos por venir camina:
 Destas dos sangres, que hoy en diferencia
 Tiene el amor, y el cielo determina
 Que una se hagan, y su nudo santo
 Honra á la fama dé, y al suelo espanto.

Un dia así con el valiente godo,
 En su real cuadra á solas retirada,
 «Oh valor, dijo, en quien por dulce modo
 De nuevo mi esperanza veo cifrada!
 Si el cielo no hizo diferente en todo
 Mi antiguo origen de tu patria amada,
 Y ahora ordena que aumentado quede,
 Con tu real sangre lo haga como puede.»

Sabrás, oh ilustre espíritu gallardo,
 Que el manantial primero de mi gente,
 No por camino oculto ni bastardo,
 De lo mejor de España trae su fuente:
 De Viriato gentil, bello resguardo
 De la española libertad potente,
 Que en el precioso zamorano asiento
 Marte le dió el primer vital aliento.

Deste procedió Clodio lusitano,
 De espíritu é ingenio peregrino,
 Cánio deste nació, deste Daciano,
 Y deste el bravo capitán Crastino,
 De cuya invicta y atrevida mano
 La primer lanza abrió rojo camino
 Al real de Pompeyo, y fue el primero
 Que á César hizo rey de un mundo entero.

Deste nació Taurino, que Alencastro
 Al mundo dió, y al curso del rio Reno,
 De Colonia los muros de alabastro
 Con pueblo ilustre de riquezas lleno:
 Y dejando de sí glorioso rastro,
 De príncipes nació en dia sereno,
 Y en estrella feliz per sol del mundo,
 El segundo Alencastro sin segundo.

Deste gran duque fué prima y esposa,
 Y de los dos, Tifeo rey de Creta,
 Unico hizo, cuya estrella odiosa
 La mia á mil desdichas trae sujeta:
 Crióse en trato libre y vida ociosa,
 Y la fama que todo lo inquieta,
 Con la beldad de una cretense infanta,
 De su raiz destroneó mi altiva planta.

Y ya cautivo el libre pensamiento,
 Por verla aborreció el paterno estado,
 Y no solo olvidó ciudad y asiento,
 De la tierna beldad nueva encantado:
 Mas de su religion y nacimiento
 (¡Notable desventura!) ya olvidado,
 De idólatra de amor, gustos livianos
 Serlo hicieron tambien de dioses vanos.

Y aunque en remedio suyo el justo cielo
 Por sano acuerdo del letargo estraño,
 De horribles monstruos le ha sembrado el suelo,
 Que para su provecho le hacen daño:
 Ni vuelve en sí, ni al religioso celo,
 Ni de su obstinacion deja el engaño,
 Antes con nuevos mágicos errores

Los daños crecen cada dia mayores.
 Ha inventado de honesta sangre humana
 A un idolo espantosos sacrificios,
 ¡Estraña crueldad! ¡ley inhumana!
 De un corazon sin Dios claros indicios:
 Y de error en error su alma liviana,
 Con los pasados los presentes vicios,
 Le han hecho dar á una ramera hermosa,
 Por serlo, sacro altar y honor de diosa.

Yo de Colonia huf la acerba muerte,
 Y las crueles cadenas del tirano,
 Y á Creta me arrojó la adversa suerte,
 Un reino entonces mas que ahora humano:
 Donde Crisálba, que en placer convierte
 Cuanto su vista ve y toca su mano,
 Con solo el gusto de hallarla pudo
 De mi alma conservar el frágil nudo.

Con ella huyendo del horrible infierno
 En que arde el reino, y mi obstinado hijo,
 Aquí me retiré, y su pecho tierno
 A que con gusto y gravedad corrijo:
 Y de mi ley cristiana el pacto eterno
 En mi alma tengo, y en la suya fijo,
 Deseando desta humilde tierra obscura
 Volar con ella á mas constante altura.

Mi intento á esto trazó las reales fiestas,
 En que su ánimo muestre el mas lozano,
 Porque en tan valerosos hombros puestas
 Mis pretensiones corran de su mano:
 La tuya no la sé, las mias son estas,
 Cobrar mi antigua patria del tirano
 Que ahora la usurpa, y á mi nieta bella
 Lejos de Creta ver reinando en ella.

¡Oh brazo ilustre, á quien el santo cielo
 Ahora para este bien tiene guardado,
 No quieras violentar su feliz vuelo,
 Cumple su ordenacion y mi cuidado!
 Que deste dulce nudo al patrio suelo
 De nuestra España espero que dé el hado
 Tal sucesion de príncipes, que sea
 De todo lo mejor del mundo idea.

La prudente Gloricia en este modo
 Su ofrecimiento y diligencias hizo,
 A quien el firme y generoso godo
 Con discretas palabras satisfizo:
 Era de su liviana excusa el todo,
 La injuria con que un rey atojadizo
 Puestos tenia sus padres en prisiones,
 Su estado en riesgo, su honra en opiniones.

Con esto el jóven por entonces puso
 A aquel nuevo fervor silencio y pausa,
 Bien que en sí mismo sin saber confuso
 Quien el cuidado y suspension le causa:
 Admirase tambien que se dispuso
 La bella Olfa á le dejar sin causa,
 Y sin darle razon de su partida,
 Ni se sabe el por qué, ni á donde es ida.

Cercado destos varios pensamientos,
 La ociosa soledad por compañía,
 Dando y tomando cuenta á sus intentos,
 Y el medio que en seguirlos tomaria:
 Viendo cual juegan con la mar los vientos
 Desde el real mirador estaba un dia,
 Cuando un villano vió con una carta,
 Que absorto de mirarle no se harta.

Y en el humilde suelo una rodilla,
 «Señor, le dijo, un caballero andante,
 Que de luto vestido, una cuadrilla
 A un grave entierro lleva semejante,
 Al tiempo de embarcarse en una villa,
 Que da á un puerto de mar playa inconstante,
 Este papel me dió, que en propia mano
 Os diese...» y puesto allí calló el villano.

Vió que conforme el simple mensajero
 Las claras señas da, la carta viene

Del ausente enlutado caballero,
 Que en cuidadosa suspension le tiene:
 Y en gusto deseando mas entero
 Lo que el secreto del papel contiene,
 De sobresalto lleno y de alegría,
 Al desdoblárlo vió que así decía:
 «La encubierta princesa de la China,
 Del tiempo perseguida y sus azares,
 A tí de estirpe al parecer divina
 En tus proezas y hechos singulares;
 Salud, si el que á desearla me inclina
 Darla á tí puede, como á mi pesares,
 Porque con ella en años no veloces
 El nuevo gusto en que te empleas goces.»
 El cielo sabe, oh jóven soberano,
 A quien la vida tantas veces debo,
 Que despues que por tí en el mar Greciano
 A ver volví mi libertad de nuevo,
 Ni te estimé en tan poco, ni en tan vano
 Cuidado el que me dan tus cosas llevo,
 Que á no ir ciega cual fui en mi desafío,
 Nunca contra tu brazo alzara el mio.
 Perdona, oh felicísimo guerrero,
 Si en algo estorbo fui á tu nuevo gusto,
 Aunque á salir con el honor entero
 Jamás dudase tu ánimo robusto:
 Mas por lo que mereces y te quiero,
 Aunque escediendo del estilo justo,
 No sé si ahora diga que me pesa
 De haberme desistido de la empresa.
 No por vana arrogancia de vencerte,
 Que serlo yo de tí tengo por gloria,
 Ni por hacerme á mí, ni deshacerte,
 Ni acortar con la mía tu memoria:
 Pero quizá de envidia por no verte
 El gran premio gozar de la victoria,
 Que el dolor deste vicio sin provecho
 ¿A qué aliva mujer no escarva el pecho?
 Mas ya que esta intencion es devaneo,
 Tu gusto que se estienda á los estraños
 Eterno goces como yo deseo,
 De azares libre, y de temor de engaños;
 Aunque el ver sepultados cual los veo
 Dentro en Acaya tus floridos años,
 No sé si ya por lo que á tí se debe,
 Mas que no á envidia á compasion me mueve.
 A tus felices bodas fuera justo
 Quedarme, y celebrarlas cual conviene,
 Mas en materia de alegría y gusto,
 Nadie es posible dar lo que no tiene:
 Yo habia de estar sobrada, donde al justo
 El resto en igualdad se anuda y viene,
 Y así esta breve falta tuve en menos,
 Que agüerar con mi mal gustos ajenos.
 Fueme tambien forzoso dar derecho
 A la infanta de Fez del falso Argante,
 A quien mi real palabra dí de hecho
 De cobrarle del reino lo importante:
 Y aunque lo mas del caso tengo hecho
 Muerto el tirano, falta lo restante,
 Que me parto á acabar á toda priesa,
 Por la queda en sus causas la princesa.
 A Olla mi dama, si la suerte amiga
 Salva contigo echó en la playa angosta,
 Porque voy sola manda que me siga
 Del rio de Fez á la vecina costa:
 Y si de allí faltare, á la enemiga
 Francia sin estorbar tome la posta,
 Cuando el fin que me prometo en estas
 Causas, seré de las francesas fiestas.
 Dejara en tu servicio la doncella,
 Para que lo que yo de mejor gana
 Hiciera en tu servicio y causas, ella
 En amistad hiciese honesta y llana:
 Mas pues te sobra todo, y yo con ella,

No te falta por culpa tan liviana
 Conocimiento en ley y fe de amigo,
 Que estuvo tu valor en mas que digo.
 Dejó suspenso al español valiente
 El dulce estilo de la aguda carta
 Tan sabia, que de leerla atentamente
 Una vez y otra y otra no se harta:
 Y al rudo mensajero diligente
 Aparte por saber cosas aparta,
 Dándole por su parte una cadena
 De ricas cifras de diamantes llena.
 Del supo entre otras pláticas sabrosas,
 Que Olla llegó á la playa el mismo dia,
 Que su ama por las olas espumosas
 Del puerto, al mar salió de Berberia.
 Y en un presto bajel de alas pomposas,
 Que con refresco al real galeon seguia,
 En voz que lleva una preciosa espada
 Al vengador de Fez, salió embarcada:
 Conoció el oro de la rica hoja
 Que la infanta arrojó la hermosa china,
 Y entre turbados gustos y congoja
 La ciega noche por la hallar camina:
 Que la oye en cada rama se le antoja,
 Y mientras busca mas, menos atina,
 Que es tal el peligroso bosque espeso,
 Que el tino le hurtó, y pudiera el seso.
 Hallóse con el dia en una aldea,
 Y dándole al reposo, dió el siguiente:
 Al gusto de buscar lo que desea,
 Sola de pueblo en pueblo, y gente en gente:
 Por aquí ataja, por allí rodea,
 En rastro de la reina del Oriente,
 Hasta que llegó al fin, donde aquel dia
 Tomó tras ella de Africa la via.
 Bernardo, alborotado el pensamiento
 Con la carta, y la nueva, habiendo al justo
 Trazado el tiempo de uno y otro intento,
 Seguir quiere los rastros de su gusto,
 Que es fuego amor, y con cualquiera viento
 El corazon altera mas robusto,
 Y ya impaciente de su ociosa vida,
 Y sus gustos ordena la partida.
 Y para atravesar el hondo charco,
 Que tiene el reino de Fortuna en peso,
 A toda diligencia aprestó un barco,
 Que hace gemir las aguas con su peso y arco,
 Y en medio el sesgo puerto, al tumbo y arco
 De crespas olas, y de aljéfar grueso,
 La áncora corva en el arena agarra,
 Y al primer viento ha de dejar la barra.
 Sintió Crisalba el pensamiento nuevo
 De su querido huesped, en quien puso
 Amor su gusto, y la fortuna el cebo:
 De las lisonjas que á su honor compuso,
 Pierde el color, marchitase el renuevo
 Que en su deseo florecia confuso,
 Y queda entre recelos sin sosiego,
 Ya confiando, y desconfiando luego.
 Mas viendo del partir la hora llegada,
 Y que ya su licencia sola espera,
 Con el dolor el alma traspasada
 Del miedo los recatos echó fuera;
 Y en seca lengua al paladar pegada,
 La voz quebrada, y la congoja entera,
 Así habló de la pena los enojos,
 Reventando las señas por los ojos:
 «¡Oh valor para todos de provecho,
 Para mí sola de tormento y daño,
 En quien el cielo dió á mi alma hecho
 El de toda su gloria á tu tamaño!
 Si ya no cubre en tan hidalgo pecho
 Siniestro azar la capa del engaño,
 ¿Cómo es posible que tan presto al viento
 La esperanza hayas dado de mi intento?»

¿Qué se hizo aquel gran bien que amanecía
 Con la luz de tu fama en mi memoria,
 Que aunque contaba menos que yo via,
 No era menor que mis deseos su gloria?
 ¿Cómo, señor, tan presto de la mia
 Huérfana quedaré, en queja notoria
 De la alegre esperanza que me diste,
 Cuando venciendo tuya me hiciste?
 Goza en tanto á lo menos del descanso
 Que este revuelto tiempo se mitiga,
 Y el tempestuoso mar se muestra manso,
 Y en menos ola su arenal fatiga;
 Mientras que de los rios el remanso
 A dar claro tributo al mar prosiga,
 Y vayan no tan turbios y abultados,
 De ordinarias riberas abrazados.
 Ya por mi mal he visto en suerte loca
 Gente á dudosos vientos confiada,
 El rigor darla de una oculta roca
 Por el áspero mar toda sembrada:
 Si tan de lejos mi dolor te toca,
 Que por él no merezco alcanzar nada,
 Ablande ahora ese tu duro pecho,
 Ya que no mi dolor, ver tu provecho.
 No te pido la fe del casamiento
 Que mi vana alívez me prometia,
 Ni que á esa cuenta dejes tu contento
 Por el remedio de la pena mia,
 Solo que aguardes que te ofrezca el viento
 Mas firme soplo, y apacible dia:
 Mira si aunque en tu pecho yo estuviera,
 Mas breve y corto don pedir pudiera.
 No quiero cansar mas, da la sentencia
 Que ya en tus ojos se conoce clara,
 Que si entendiera que esta triste ausencia
 Hasta acabar de oírme se alargara,
 Por no verme apartar de tu presencia
 Eternamente sin cesar hablara,
 Quedando así, en las causas que me pones,
 Igual tu sinrazon con mis razones.»
 Dijo, y dijera mas si la congoja
 Mas ánimo le diera, y mas aliento:
 Mas vuelta en guarda ya la color roja,
 La habla á un tiempo perdió y el movimiento:
 Quedó cual de aleli marchita hoja,
 Y al español su tierno sentimiento
 Anuncia sino abrevia la partida,
 De amor tan fino su lealtad vencida.
 Y así en los brazos de Faustina bella,
 Y otras llorosas damas desmayada,
 Que en triste asombro acuden á varella,
 La real casa les deja alborotada:
 Y el constante mancebo huyendo della,
 En ojos tiernos va, y alma obstinada,
 Al ciego mar, adonde en fragil barca,
 Que á el solo espera, sin pensar se embarca.
 Y dando al viento las latinas velas
 El ligero batel deja la playa,
 Que un amor y otro amor sirven de espuelas
 Para que huyendo ahora de ambos vaya:
 Un amor descubierto sin cautelas
 En vez de encender fuego le desmaya,
 Que siempre el gusto incierto se sublima,
 Y lo dado de balde no se estima.
 Volvió de su amoroso desacerduo
 La bella infanta, y al abrir los ojos,
 Aunque alterada, con semblante cuerdo
 La causa fue á buscar de sus enojos:
 Y no viéndola allí, puesta en su acuerdo,
 Y el desdorado espíritu entre abrojos,
 Torna á cerrarlos, que sin ver su amante,
 Timiebla es todo cuanto ve delante.
 Mas ya certificada en su partida,
 Y en la muerte esperanza de su gloria,
 Si el cruel dolor no le acabó la vida,

Fue por darle mayor con la memoria:
 Y entre una y otra pena divertida,
 En todas de su muerte ve la historia,
 Hasta que vuelta ya á mejor discurso
 Dió al alma vado, y á sus penas curso.
 Y recogiendo á lo mejor del pecho
 El grave mal que su quietud destruye,
 Gozar un rato quiere sin provecho
 De ver su huésped por la mar cual huye:
 De un rico balcon de oro al antepecho
 El crespó golfo vió, y en verlo arguye,
 Si un tan gran cuerpo mueve un aire vano,
 No es mucho sea como él el gusto humano.
 Vió volar el pequeño barco altivo,
 Surcando el mar con todo su tesoro:
 «¡Ay, dijo, cruel, cobarde, fugitivo,
 Quo solo huyes de mí porque te adoro!
 Si tanto el mar te agrada, un mar al vivo
 Verás en estas lágrimas que lloro:
 Vuelve, y navega en él á tu contento,
 Que mis suspiros servirán de viento.
 Vuelve, y verás el gusto de quererte
 Hecho verdugo de mi amarga vida,
 Y cuan vecina de mi triste muerte
 La vana ocasion fue de tu partida:
 Mas no vuelvas, cruel, que en solo verte
 El alma, que ya tengo aborrecida,
 Por tuya cobrará su aliento y brio,
 Para pena mayor y agravio mio.»
 Que ese mar, como tú inconstante y vario,
 Trono de la fortuna sin asiento,
 Si ahora afable, como á mí contrario,
 Paso te ofrece y favorable viento;
 Yo espero que volviendo á su ordinario
 Tu barco arroje con furor violento
 Sobre algun pardo risco en que fenezca,
 Y que en lo duro y cruel se te parezca.
 Mas si solo por ser venganza mia
 Olvidare su estilo la fortuna,
 Estos suspiros que mi pecho envia
 De tí no han de dejar reliquia alguna:
 Tu barco anegarán, mas ¡ay porfia
 Vana, que á quien mi vista es importuna,
 Los suspiros que doy, bien se concluyen
 Que serán viento en popa, cuando huyes!
 Mas sean en tu favor, sean en mi daño,
 Como quiera que son te los envío,
 Que en amor verdadero no hay engaño,
 Y eslo en su fe por escelerencia el mio:
 Así la infanta dijo, y con el baño
 De perlas lleno el rostro de rocío,
 Como la luz quedó de la mañana,
 Que el sol aun no le dió color de grana.
 Y entre tanto la playa lisonjera,
 Como si sorda oyera su agonía,
 En huecos tumbos se alza de manera,
 Que sus deseos ya en temor volvía;
 Y lo que sino amara le vistiera
 El vengativo gusto de alegría,
 Ya en pálido temor el riesgo mira
 Del que antes anegar queria la ira.
 Cuando el barco, en confuso torbellino
 De roncas olas, al amigo puerto
 Entre peñascos saludando vino,
 Ya de los dos el un costado abierto:
 Corrió la infanta al reino cristalino,
 Ya el pecho sin recato descubierto,
 A recibir el fugitivo rayo
 Del sol, que á su alma da un florido mayo.
 Con roja tez el español valiente
 Segunda vez tomó puerto en Acaya,
 Si bien como discreto alegremente
 La furia alaba de la ronca playa:
 «No es bien dejar ciudad tan escelente,
 Ni que yo huyendo de mi bien me vaya.»

Dijo, y á la princesa en la ancha plaza
 Pide humilde perdon, y ella le abraza.
 Y ya en solemne triunfo victoriosa,
 Cercada de su pueblo cortesano,
 Del alcázar volvió á su cuadra hermosa,
 Con su vencido huésped de la mano:
 Y con alma en sus gustos recelosa,
 Que no es durable juzga el bien humano,
 Y al que ahora le dió el viento busca modos
 A conservarle encaminados todos.
 Y no hallando ninguno poderoso
 Al importante fin que pretendia,
 Tierna le pide al jóven valeroso
 Hasta Colonia le haga compañía;
 Con que su estado cobre, ó su reposo,
 O juntos ambos bienes en un día,
 Que amor es hijo de un hidalgo trato,
 Y la ausencia parió al olvido ingrato.
 Fue de Gloria traza este concierto;
 Que de su amada nieta el bien desea,
 Y por mil esperiencias halla cierto
 Cumplido de valor el que allí emplea:
 Y aun lo que convirtió al vecino puerto
 En raudales de viento la marea,
 Artificio tambien fue de la sabia,
 Forjado en mezcla de aficion y rabia.
 No pudo el español por mas que quiso
 El cuerpo ahora hurtar á esta demanda;
 Encubrió el sentimiento, y con aviso
 A la alegre jornada aprestar manda;
 No es en sus gustos el amor remiso,
 Que con dos alas por los aires anda,
 Y así como por ellos en un punto
 Cuanto importó al partir se halló junto.
 Un preñado galeon de nuevo lleno
 De aparato y riquísimo tesoro,
 Que Dédalo labró en un bosque ameno,
 Lo mas precioso dél de nácar y oro;
 Hecho al compás y bordos de su seno
 Un mudable jardín, alegre coro
 De aves parleras, donde su armonía
 Los parabienes da al reir del día:
 Aquí en real pompa á la marea liviana,
 Que al huir del sol parió un celaje pardo,
 Por la barra salió de espumas cana
 Con la princesa el español gallardo:
 Seguía por magestad la Capitana,
 Mas que para defensa ni resguardo;
 Ociosa flota, que el valiente godo
 Todo lo ampara, y lo asegura todo.
 La crespas mar con un templado viento
 Por sus golfos les abre ancho camino:
 Dejan á Macedonia á barlovento,
 El Jónico estrecho, el cabo de Paquino;
 Y volteando del tinacrio asiento
 Con viento en popa el yerto mar vecino,
 Al dar la vuelta al cabo de Peloro,
 Que huye de Italia por llegarse al moro,
 Un pequeño batel entre ola y ola
 Andar de lejos vieron sobreaguado,
 Que ni las velas nadie le enarbolaba,
 Ni dellas tiene ni el timon cuidado:
 Solo de cuando en cuando una vez sola
 El viento rasga, y del rumor quebrado
 En las letras del eco que resuena
 Mas que palabras manifiesta pena.
 Gobierna á ver el real galeon de Creta
 El pequeño batel que no se mueve,
 Y cuanto mas se acerca, mas perfeta
 El viento trae la voz ligera y leve;
 Y á todas partes, de la mas secreta
 Del leño sale el ay confuso y breve,
 Entre un horrible estruendo de cadenas,
 De que parecen sus cavernas llenas.
 Y en un tapete de oro recostado

Sobre la corva puente un caballero,
 El solo hermoso rostro desarmado,
 Vestido lo demás de limpio acero,
 De lágrimas cubierto y de cuidado,
 Y en el semblante y gravedad severo;
 Bernardo que le vió perdió el sentido,
 De su presencia y suspension herido.
 Conoció la beldad que amor le puso
 En lo mejor del alma retratada,
 Y vio que el que allí va triste y confuso,
 O es sueño, ó su Arcangélica agraviada:
 Quiso arrojarle dentro, mas traspuso
 La nao de velas y de amor preñada,
 Quedándose el batel pequeño en calma,
 Que al tierno montañés le robó el alma.
 Manda el galeon parar, manda la infanta,
 Sobresaltada en el temor de oïllo,
 Saber la causa que en presteza tanta
 Al mar se arroja su español catidillo:
 Cuando el bajel, cuya quietud espanta,
 Su barquillo arribó, y de su barquillo
 Apenas saltó dentro, que el mar ciego
 En crespas olas enrizó el sosiego.
 Quedó en mayor espanto que primero,
 Habiendo en su combés reconocido,
 Ser un arnés pintado el caballero,
 Que la princesa habia parecido;
 Y el son de las cadenas lastimero,
 O fue imaginacion, ó fue fingido,
 Y el fragil barco, si tambien no engaña,
 El que una noche le sacó de España.
 Alteróse la mar, y el raudal viento
 La flota al barco le escondió y el día,
 Y él sin remos ni vela, en pensamiento
 En su ligero vuelo parecia:
 Perdió el grave español el sufrimiento,
 Burlado de su ciega fantasia,
 Que un nuevo gusto le pintó en el seno
 Del vacío bajel, de engaños lleno.
 Teme sin ocasion haber dejado
 La cretense beldad, teme y suspira
 Por ello ser de sin lealtad notado,
 Y su aficion hallar trocada en ira;
 Que aunque no está rendido á su cuidado,
 Ni al dulce premio de su amor aspira,
 Es efecto de amor propio, ó forzado,
 Amar de un modo, ó de otro, el que es amado.
 Mas entre los recelos y el disgusto
 De hallarse en el batel burlado y solo,
 Cuando tocaba en horizonte al justo
 Del mar de Fez la lámpara de Apolo,
 Cobrando aliento su ánimo robusto,
 La noche obscura, y enuoierto el polo,
 A ver se puso la ligera priesa
 Con que el golfo su góndola atraviesa.
 Juzga de su volar que no anda tanto
 De un nuevo amante el pensamiento altivo,
 Como ella envuelta en el confuso manto
 De la noche sin luz y el golfo esquivo:
 Cruza mil sierras de agua, cuyo espanto
 Otro ánimo dejara apenas vivo,
 Cuando ya por entre una y otra roca
 De un rio profundo le tragó la boca.
 Y los prolijos golfos reducidos,
 A una angosta canal mira abreviadas
 Sus olas, y él y su batel metidos
 Entre riberas de árboles copadas;
 Por donde de la furia compellidos,
 Que allí los dió á las ondas sosegadas,
 Del cristal de Ebro la barquilla altiva,
 Cual rayo sube la corriente arriba.
 Salia sembrando aljófares y plata
 La blanca aurora por el crespas rio,
 Guiando por entre una y otra mata
 Sus tiernos soplos al batel vacío;

Cuando en un remolino le arrebató
 La densa niebla de un celaje frio,
 Que de sus lentas ondas se levanta,
 Y al día mas claro con su sombra espanta.
 El nacer y el morir la luz del alba
 En su presencia todo fue en un punto,
 Y de la obscura nube hacerle salva
 Con roncacos truenos, fuego y rayos junto;
 Pasando la pequeña barca salva
 Entre las rojas llamas un trasunto
 De la encendida fragua en que al verano
 Sus rayos labra á Júpiter Vulcano.
 Volaba ardiendo sin quemarse el barco
 Sobre el agua que en blando fuego ardía,
 Cuando de en medio el encendido charco
 De un dragon la escamosa tez nacía,
 De las colores que en el cielo el arco
 Vestirse suele al trastornarse el día,
 Cuya garganta, aunque escarchada de oro,
 Llamas lanzaba en anhelar sonoro.
 Así al cruzar Cháron el lago Averno
 Con su negra barquilla, le recibe
 La abierta boca del horrible infierno,
 Del fuego llena que en su vientre vive:
 Y entre el obscuro arder del humo eterno,
 Que á cada culpa su castigo escribe,
 Su leño alija, y la laguna amarga
 Al peso gime de inútil carga.
 Y así la fusta en que el valor de España
 Entre el fuego y el agua iba rompiendo,
 A las gargantas de la sierpe extraña
 Bajar se vió con espantoso estruendo:
 Tragó el gran dragon, que una montaña
 Es breve hormiga con su bulto horrendo...
 Yo no me atrevo á dar tras dél un paso,
 Que es irse á despeñar horrible caso.
 Seguir ahora el rumbo ilustre quiero
 De otro navio que próspero navega,
 Y remedar un gusto lisonjero,
 Que solo al tiempo del placer se llega;
 Y él sobre el aire así vuela altanero,
 Que el mundo ya por bajo se le niega,
 Y en ver la luna Malgesi tan junta,
 Las bolinas biró, y tomó otra punta.
 Dióle medroso horror ver si anochece
 Del cielo trastornarse la techumbre,
 Y que lo que de acá luna parece,
 Huecas montañas son llenas de lumbré;
 Y la argentada tez, que mengua y crece
 En su resplandeciente pesadumbre,
 Es luz del sol, que como á un limpio espejo,
 Ya de un lado le da, ya por parejo,
 Sus plateados riscos y montañas
 Lagunas de un cristal que se movía,
 Entre cuyas riberas y espadañas
 Las sombras viven de la noche fria;
 Y aquellas negras cejas y pestañas
 Que aquí parecen, desde allí se via
 Ser de un jayan el bulto, que tendido
 Sobre un blanco arenal vive dormido.
 Guarda su sueño en hermosura rara,
 Mil perlas ensartando de una en una,
 Una blanca mujer, cuya ancha cara,
 En viéndola, les dijo ser la luna:
 La tez del rostro transparente y clara,
 Cada ojo del compás de una laguna,
 La boca un ancho rio, y ella junta
 Mayor que el monte Olimpo faldas y punta.
 Las riendas de la mar tenía en la mano,
 Y de espejo su golfo le servía,
 De las flores cercada del verano,
 De cuyas perlas su frescor se eria:
 Admiróles el mundo soberano,
 Que así volando por sus hombros guía,
 Dando los ojos al humilde suelo,

Medrosos del furor de tanto vuelo.
 Juzgan mayor el globo de la tierra
 Que el primer resplandor dos treinta veces,
 Y el ancho mar, que en ámbito le cierra,
 De un mudable cristal lustrosas teces,
 Donde haciendo del sol los rayos guerra
 Nuevas lumbres producen sus combeces,
 Que de sombras tejidas y reflejos
 Otra luna inferior forman de lejos.
 Absortos al placer de andar volando
 En medio de ambos climas ya sin tino,
 Ni ven si van subiendo, ó si bajando,
 Ni de cual mundo siguen el camino:
 Cuando el diestro piloto en curso blando
 Cambió el timon, y mareando el lino
 Las bolinas trocó, y humilló el vuelo,
 Que es de riesgo sin fe subirse al cielo.
 Fueron al fin á rematar la punta
 A los bajos Antipodas del mundo,
 Pasando en invariable vuelo junta
 La obscura inmensidad del mar profundo,
 Hasta donde con él se engaza y junta
 Suelto del primer orbe este segundo,
 Que hoy á España tributa y da barata
 La sangre de sus venas vuelta en plata.
 Ven hácia el Sur tendidas las regiones,
 Y el belicoso clima de la tierra,
 Que en los menos altivos corazones
 Discordia influye, presuncion y guerra;
 Hasta los encubiertos Patagones,
 Y el largo estrecho que sus playas cierra,
 Por donde Magallanes sin contienda
 Del rico Oriente halló la inútil senda.
 Ven del Brasil los páramos incultos,
 Los Andes, el Dorado, y los temidos
 Desiertos del Darien, llenos de insultos,
 Aunque frescos entonces y floridos:
 Del viejo y mozo Potosí los bultos
 De riquezas preñados, y hoy paridos,
 Y las playas de Chile de oro llenas,
 Y ahora mas de sangre que de arenas.
 La rica tierra y blancos arenales
 En que llover no supo el seco cielo,
 Y la vecina sierra y sus raudales,
 Que en frescos valles dan partido el suelo:
 El Cuzco de los Ingas naturales
 Silla imperial, y el claro y fértil vuelo
 Con que la equinoccial sembrando brasa
 Por los muros de Quito rompe y pasa.
 En Panamá, y su costa el nudo estrecho,
 Que dos contrarios mundos encadena,
 Y el hueco monte, que de llamas hecho
 De Nicaragua por las playas suena:
 Del valle de Campeche el dulce pecho
 Queda de roja miel y abejas llena,
 Y los vergeles que el cacao señala
 Por el rico Tabasco, y Guatemala.
 Miran el brazo de cristal que ataja
 De Chiapa los desiertos arenales,
 Y de Guajaca la florida faja
 De regalados temples y frutales:
 Las dos ricas Mistecas alta y baja,
 Con sus frescas moreras y nogales,
 Las nevadas alturas de Perote,
 Y el mar que á vista de él sirve de azote.
 Ven, entre el fresco Panico y Guatulco
 A Tlascalá, y el reino Mejicano,
 A Mechoacán, Colima, y Acapulco
 Del mar del Sur el puerto mas cercano
 Los pueblos de Quiseo y Tlajamulco,
 Y en sus contornos y florido llano
 La abundante laguna de Chapala,
 Que al Océano en profunda anchura iguala.
 Miran de Zacatecas la riqueza,
 Entonces en sus venas enterrada,